

El honor perdido de Betina Ramsig

Cuando Betina Ramsig despertó después de un sueño distendido y apacible, se encontró sola en la cama de Gregorio Samsa. Habían comenzado cenando juntos en la cervecería Beagle, del centro de Ushuaia, luego de las reiteradas invitaciones que hiciera Gregorio a su nueva jefa en el staff de redacción del diario Prensa de la ciudad austral. Ella había sido reticente, no porque no le gustara ser invitada, halagada o seducida, ni porque no le gustara Gregorio, sino porque hacía poco que se había trasladado a la ciudad y temía dar lugar a que los demás la juzgaran con los términos habituales de pueblos y ciudades chicas como Ushuaia: zorra, fácil, comehombres... Al final había accedido. Era una mujer joven y no quería dejar de pasarla bien un sábado a la noche por un prejuicio que tal vez nunca cambiaría.

Se habían divertido mucho en la cervecería probando diferentes tipos de tragos. Comenzaron con cervezas de distintos colores y origen, y siguieron con bebidas blancas. Ambos tenían experiencia y podían tomar y tomar sin mayor efecto que una sonrisa provocadora y unos besos sin permiso. El encuentro llevaba como música de fondo el soplo del viento sur, frío, y que alentaba a Betina a no cortar su noche. Cuando la cervecería cerró, la velada continuó en la casa de Gregorio, donde bebieron, rieron, y se amaron.

A la mañana Gregorio se encontró en su cama convertido en un insecto. Sintió cierta sorpresa, pero no fue mucho más que eso. Quiso tener conciencia de su cuerpo, de los límites de sus extremidades y de las sensaciones que podía experimentar. Era un insecto distinto a los que se podrían encontrar en la ciudad. No era exactamente una cucaracha ni una araña. Él creyó tener el aspecto de una cucaracha pero del tamaño de un alfajor. Inmediatamente se dio cuenta de que en torno suyo había una baba o un gel que debía haber salido de su cuerpo. Le llamó la atención no sentir asco de sí mismo, ya que le disgustaba encontrarse sucio. El gel que lo rodeaba le hizo acordar a las corvinas que solía pescar en el mar, que al sacarlas del agua comenzaban a sudar una sustancia gelatinosa con un olor muy penetrante y nauseabundo, para su gusto.

En cuanto cayó en la cuenta de su transformación, del día y del lugar en el que se encontraba temió por su vida. Si Betina lo encontraba, difícilmente le preguntaría

Gregorio, ¿qué te pasó? Estás hecho un insecto asqueroso..., ni tampoco lo invitaría a pasearse por su vientre desnudo como tanto le había gustado unas horas antes. Más bien, suponía Gregorio, tendrá un ataque de horror y buscará aplastarme de cualquier manera.

Se tiró de la cama y buscó un lugar donde no pudiera ser visto. Se ubicó debajo de la cómoda de la habitación, que contaba con patas lo suficientemente bajas como para no ser percibido estando apoyado contra la pared. Al mirar el camino realizado por él, se dio cuenta de que en su andar había dejado una estela con el fluido que sin control salía de su cuerpo. Como el hilo que dejan las babosas, pensó Gregorio e inmediatamente sintió asco de sí mismo.

Pasada media hora Gregorio escuchó la voz de Betina llamándolo. Greg... dónde estás? No me dejes so... ¿Qué es esto? ¿Qué pasó que la sábana está sucia? Greg... estás ahí? Como no tenía respuesta Betina se levantó. Gregorio vio los tobillos desnudos de su compañera que insistía llamándolo. Luego la vio entera, al agacharse para recoger del piso su ropa interior. ¿Y esto?, decía, Gregorio, por favor!, ¿qué pasó? Mi ropa y la tuya tiene una baba asquerosa como si un caracol gigante le hubiera pasado por encima!

Gregorio sintió desde donde estaba la voz de su compañera, pero no logró distinguir y comprender acerca de qué estaba hablando. No podía pensar. El volumen y el tono de la voz de Betina le inspiró temor y se retrajo todo lo posible contra el zócalo de la pared. Vio caer a piso un par de prendas. Instantes después vio las piernas vestidas con pantalón caminando por la sala. Se mantuvo medianamente expectante mientras su vista se iba nublando. Su interés por lo que tenía delante desapareció totalmente y empezó a buscar en el piso, en sus alrededores, algo para llevarse a la boca.

Betina terminó de cambiarse y buscó a Gregorio por toda la casa, sin encontrarlo. Confundida como estaba salió a la calle dando lugar a la furia que crecía en su interior. Nada bueno podía pensar de Gregorio: la había seducido, la había invitado a su casa, había compartido la cama y ahora se esfumaba dejándola en una cueva de bichos. Yo soy tu jefa, Gregorio... ¿Quién te creíste que soy?, decía para sí Betina mientras caminaba por la calle Huergo vislumbrando a lo lejos la playa de piedras en el Canal de Beagle.

El lunes, durante todo el día, Betina esperó a Gregorio. Una disputa se libraba en su interior. Por un lado sus sentimientos la llevaban a dejar pasar el raro episodio de encontrarse sola en la cama de Gregorio y a apostar por nuevos encuentros con él. Por otro lado, su condición de persona y de jefa de Gregorio la movía a pedir explicaciones del desplante padecido. No tenemos tanta confianza, pensaba Betina, como para que me dejes sola en tu casa sin aviso. Ella sabía que había pasado una noche hermosa y que ansiaba repetirla. Estaba entre preocupada y molesta por la desaparición de Gregorio, sin aviso, y la ausencia de una comunicación posterior de él para aclarar lo sucedido. En más de una oportunidad Betina se dio cuenta de que estaba teatralizando un encuentro con Gregorio, en donde la bronca y la ternura se mezclaban en un guion que aun no estaba escrito. No lo vuelvas a hacer, murmuraba para sí Betina frecuentemente, con diferente tono e intención, la mayor parte de las veces con ternura y otras pocas con ira.

A media mañana en la redacción preguntaron por él. Les llamaba la atención que aún no hubiese llegado y llamó también la atención que Betina no dijese nada acerca de su ausencia. A ella le gustaba comenzar la semana con una reunión del equipo de redacción y hasta las 11 no había indicios de que fuera a realizarla. Carolina Breuer le preguntó al pasar a Betina si harían la reunión de equipo aún sin Gregorio. Todos los presentes percibieron la incomodidad de su jefa. Lo está encubriendo, le está dando tiempo para que prepare un informe para publicar el domingo, pensó Martín Sayer, que creía ver en esta situación un favoritismo de Betina hacia Gregorio. Betina respondió a la consulta indicando que esta vez la reunión la harían un poco más tarde. Varios la vieron en los minutos siguientes realizando llamadas telefónicas y supusieron que tenían que ver con la tardanza de Gregorio y la demora de la reunión del equipo de redacción.

Betina estaba confundida. Gregorio la había seducido, luego la había dejado plantada y posteriormente no daba señales de vida. Gregorio vení, por favor, repetía Betina en voz baja, quiero saber que estás bien. La reunión se hizo, sin Gregorio, a las 12. La tensión que experimentaba Betina fue percibida por todos los asistentes. A todos les llamaba la atención que el periodista no estuviese presente. Ninguno tenía memoria de una ausencia de Gregorio, y menos sin aviso. Cuando la diseñadora del equipo, Marcela Martínez, le preguntó a Betina, de modo distendido, si sabía algo de Gregorio, ésta sobreactuó su respuesta: ¡No, no se nada! ¡Ya llegará! Todos se dieron cuenta de la farsa e incluso ella cambió rápidamente de tema para salir del paso.

El día transcurrió sin noticias. Betina lo llamó reiteradas veces por la mañana sin conseguir respuesta. Cuando sean las 13 diré que voy a tomar un café y voy a pasar por su casa, planeó. Así lo hizo. Tocó el timbre, golpeó la puerta, gritó el nombre de Gregorio,

y la casa respondió con silencio. Estuvo a punto de tomar el picaporte e intentar entrar en la vivienda, pero se dio cuenta de que unos vecinos la observaban. Pará Betina, no hagas macanas, se dijo a sí misma, te están mirando. Sos la jefa de redactores del diario, no podés exponerte. Dejá que el imbécil que vive acá adentro salga solo, y la próxima vez lo llevás a tu nido, cerrás y guardas las llave, y te lo comés en la cama como hacen esos bichos, las mantis religiosa.

A las 7:30 de la mañana siguiente Betina llegó al diario. Había dejado a un lado su inquietud por Gregorio y había descansado bastante bien. Todos los redactores fueron llegando, menos él. No voy a gastar mi dedo llamándolo, pensó Betina, que se ocupe el responsable de personal. A media mañana dos agentes de policía ingresaron en la redacción. Betina los vio y fue indiferente a su presencia hasta que los tuvo a dos metros de distancia y pedían hablar con ella. Soy la inspectora Cecilia Morgada y él es el inspector Roberto Nevares, comenzó diciendo la primera. Queremos hacerle una consulta en relación a Gregorio Samsa. Esas palabras resultaron para Betina como el peso de un elefante que caía sobre sus hombros, a la vez que sentía hormigas caminando por sus piernas. No pudo aparentar ingenuidad o distancia, como hubiese querido, sino que para todos fue evidente que su rostro palidecía y su voz se quebraba al decir: pa...sen, por favor.

Unos vecinos del señor Gregorio Samsa, comenzó a relatar el inspector Nevares, reportaron que no se lo ve desde el domingo, que en su domicilio no se perciben signos de que pueda estar adentro, principalmente, no se prenden luces al anochecer. Aparentemente el señor Samsa es muy sociable y buen vecino, y llama la atención que no se lo haya visto. También han declarado que ayer al mediodía usted se acercó al domicilio y la escucharon llamándolo. ¡Te odio Gregorio!, pensó Betina, mientras sentía que el elefante que cargaba en sus hombros la doblaba aún más y las hormigas que habían avanzado por sus piernas ya se encontraban en su cuello. Tendremos que tomarle declaración, remató la inspectora Morgada. A esta altura ya no quedaba nada de la fascinación que había tenido la jefa de redactores por Gregorio. Lo único que sentía era fastidio; se imaginaba la incomodidad que representaba presentarse en la comisaría y relatar bajo juramento todo lo que sabía de su compañero. Cuando reparó en que tendría que contar su noche íntima, la noche del sábado al domingo, no sólo sintió aversión por Gregorio, sino también por ella misma. Una puntada en el estómago, una sensación de acidez interna, acompañó estos sentimientos.

La policía ingresó en la vivienda de Gregorio. Encontró en el living botellas de bebidas alcohólicas y vasos sin limpiar. Las huellas dactilares del dueño y de Betina Ramsig se encontraban por todos lados. La cama no estaba tendida. En el piso de la habitación encontraron una prenda íntima de mujer y ropa de hombre. Percibieron un hilo de baba seca sobre algunas prendas. No había ningún indicio de dónde podría estar Gregorio. Todo hacía pensar que se había desnudado y se había retirado de la casa sin vestirse nuevamente. La declaración de Betina coincidía con el escenario encontrado.

Dos semanas después de la primera declaración que hiciera Betina en la fiscalía, el diario La Nación de Buenos Aires sacó una nota extensa en la página 4, haciendo pública la desaparición del periodista y arriesgando que ésta se debía a alguna investigación que debía ser acallada. Sin decirlo explícitamente, el artículo dejaba entrever que Betina Ramsig, pese a ser colega del desaparecido, respondía a intereses mafiosos. No más ver el título supo que su estadía en Ushuaia estaba llegando a su fin y que por mucho tiempo, en su valija, iba a estar llevando un muerto que apenas había conocido.

José Luis Alessandrini

Noviembre 2020